

Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia, 2009,
vol. LXI, n° 2, julio-diciembre, págs. 281-302, ISSN: 0210-4466

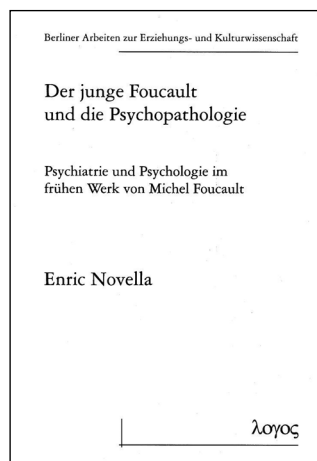
RESEÑAS

NOVELLA, Enric, *Der junge Foucault und die Psychopathologie. Psychiatrie und Psychologie im frühen Werk von Michel Foucault*, Berlín, Berliner Arbeiten zur Erziehungs- und Kulturwissenschaft, Bd. 40., Logos Verlag, 2008, 80 pp. [ISBN: 978-3-8325-1906-3]

Siempre es un motivo de alegría para la comunidad de historiadores de la medicina que un joven autor español publique un estudio en otro país y en otra lengua, particularmente cuando los estándares de calidad de dicho ámbito están suficientemente contrastados y permiten avanzar algo, a veces mucho, acerca del mérito del trabajo en cuestión. En el caso presente puede y debe añadirse a lo anterior la constatación de que el estudio en cuestión es oportuno e interesante, de modo que lo que constituye uno de sus méritos —estar publicado en alemán— representa una lamentable limitación para su conocimiento por esa misma comunidad que mencioné al comienzo. Sirva al menos esta reseña para paliar en algo tal circunstancia.

Cuando el autor habla de la «obra temprana» —primeriza habría que decir— del «joven Foucault» lo hace con toda precisión, hasta el punto de que dicha obra es prácticamente desconocida incluso para quienes nos hemos interesado desde hace tiempo por la obra del filósofo francés. Mas lo cierto es que, además de su indudable interés desde el punto de vista histórico más clásico, esa producción literaria tiene una importancia difícilmente discutible en la óptica arqueológica o genealógica que, en el sentido dado por Nietzsche al segundo de estos términos, gobernará la obra de madurez de Michel Foucault. Sin apartarnos un ápice del propósito nietzscheano, y tomando prestado el título de su *Ecce homo*, el análisis realizado por Novella de esa auroral producción de Foucault nos muestra «cómo uno (en este caso el filósofo) llega a ser lo que es». Pues el estudio saca a la luz las raíces del pensamiento foucaultiano, el debate del autor con los enfoques para él más valiosos de la enseñanza recibida —psicoanálisis, marxismo, fenomenología— y el despuntar de su proyecto historicofilosófico en la mencionada perspectiva genealógica o arqueológica.

Me parece importante señalar en primer término algo que, en mi opinión, se desprende del conciso, pero bien documentado apartado sobre «Foucault como psicólogo», pues si bien el autor no explicita lo que a continuación señalaré, al menos permite al lector imaginarlo: que la práctica psiquiátrica de Foucault no parece haber tenido especial repercusión en su filosofía, pues su dedicación a la misma parece haber tenido un sesgo fuertemente teórico y académico. Sí señala Novella que en el terreno práctico fue el paciente Foucault, en el sentido menos estricto del término —homosexual en los años 50 del pasado siglo, sujeto de al menos una tentativa de suicidio— quien verdaderamente sirvió como



referencia para el contraste de las teorías con la realidad. Esto, sin duda, imprime un carácter particular a su trato con la psiquiatría, la psicología y sus historias, que seguramente está en la base de algunas críticas formuladas por los historiadores de la psiquiatría del pasado siglo.

El caso es que los textos redactados por Foucault en el período precedente a su trabajo en la *Histoire de la folie* tienen por objeto no poco de lo más interesante que en esa época se producía en el ámbito germánico (Ludwig Binswanger, Viktor von Weizsäcker) en los campos de la psicología y la psiquiatría, primero en la perspectiva de las recensiones, luego en la de traducciones de obras fundamentales, lo cual —de nuevo— enfatiza el carácter teórico de la reflexión foucaultiana que, en este período, cristaliza fundamentalmente en su texto de 1954 titulado *Maladie mentale et personnalité*. El conocimiento detallado de tales teorías le permite distanciarse de una psiquiatría concebida como pura ciencia natural, pero a su vez vuelve problemática su reflexión acerca de los fenómenos psicológicos y, particularmente, acerca de la psicopatología.

La reflexión de Foucault acerca de la enfermedad mental acusa prontamente la influencia de la contemporánea filosofía de las ciencias de la vida de Georges Canguilhem, a la que tanto debe la orientación crítica del pensamiento foucaultiano, así como su decidida vocación histórica. Fundamentalmente, como bien señala Novella, la tesis *canguilhemiana* acerca de la noción de «normalidad» es responsable en alto grado de la perspectiva crítica que en esos años comienza a abrirse paso en los escritos del aún psicólogo y que se pondrá en evidencia de la forma más resonante en su *Histoire de la folie*.

En capítulos sucesivos estudia Novella la exigente labor crítica realizada por Foucault a las aproximaciones a la psicología y a la psiquiatría realizadas desde la perspectiva de la teoría de la evolución, el psicoanálisis, la fenomenología y la analítica existencial (*Daseinsanalyse*), es decir, el horizonte de la psiquiatría contemporánea. La fuente fundamental de esta parte del estudio es el texto de Foucault El filósofo sabe tomar lo más provechoso de todos los enfoques, así como poner de relieve las respectivas insuficiencias y contradicciones, hasta llegar a una perspectiva que podríamos considerar propia —lo que no significa exclusiva, como conoce todo historiador de la psiquiatría contemporánea y muchos psiquiatras que no son historiadores—: la perspectiva sociogénica; aunque, eso sí, también ésta bajo sospecha: la «tentación» (*Versuchung*) de la sociogénesis», la denomina Novella. Aunque esta «tentación» no es algo en lo que caiga Foucault, sino otra de sus referencias: el análisis marxista de las relaciones sociales aplicado a la psicopatología. La «tentación» sería, así, considerar la enfermedad mental como resultado puro de la «alienación» denunciada en lo social y en lo productivo por el marxismo. Como atinadamente cita Novella «c'est de ce passage de la contradiction historique à la contradiction pathologique qu'il faut maintenant étudier» (Foucault, 1954, 92); es decir, conviene no equiparar sin más alienación histórica y alienación psicológica.

Esto es lo que le conducirá finalmente a pasar de la historia que podríamos denominar materialista, al estilo de Marx, a la arqueología en el sentido «genealógico» de Nietzsche y a la propuesta de una «ontología histórica de la enfermedad mental», algo que según Novella acaece inmediatamente después de la publicación de la *Histoire de la folie*, y seguramente como consecuencia del trabajo realizado en dicha obra, cuando Foucault saca a la luz una nueva edición de su obra del 54 con un nuevo título, *Maladie mentale et psychologie* (1962). En esta reelaboración del texto aparece lo que, a partir de ese momento, constituirá el sello personal de su autor: el estudio de la historia de «las formas de experimentar» determinados hechos humanos; en el caso que nos ocupa, la locura.

La conclusión del estudio permite a su autor lanzar una amplia mirada sobre lo que caracterizará a la ulterior producción de Foucault, que a su juicio es deudora del trabajo de crítica y reflexión realizado por él a lo largo de la década de los 50: el estudio del sujeto, la emergencia de las disciplinas suscitadas por la autorreflexión del sujeto moderno. Sin que esto quede totalmente explicitado en las escasas páginas dedicadas al asunto no parece, en ningún caso, especialmente osado, al menos para quien conozca las obras fundamentales del Foucault maduro. Y es a este destinatario a

quien, pienso yo, puede ir dirigido un trabajo como el reseñado que, en consecuencia, no tiene por qué adoptar una estrategia de manual pedagógico. Desde este punto de vista el estudio sobre «el joven Foucault» del también joven Enric Novella representa una estimulante aportación que merece una jubilosa bienvenida.

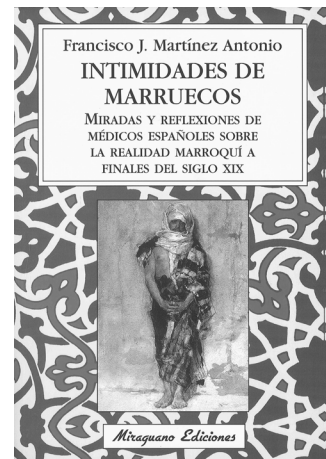
Luis MONTIEL

MARTÍNEZ ANTONIO, Francisco Javier, *Intimidades de Marruecos. Miradas y reflexiones de médicos españoles sobre la realidad marroquí a finales del siglo XIX*, Madrid, Miraguano Ediciones, col. Viajes y Costumbres, 2009, 366 pp. [ISBN: 978-84-7813-335-2]

En la última década, se ha producido una significativa renovación en los estudios sobre la historia colonial española, gracias a un conjunto de investigaciones que, desde distintas disciplinas y campos académicos, nos han permitido dar un notable salto cualitativo en nuestro conocimiento de la presencia española en África, en Guinea y sobre todo, en Marruecos, que es el ámbito concreto que interesa a este libro. Conocemos ahora mucho mejor el funcionamiento de la administración colonial española, la formación, actividades y carreras profesionales de sus funcionarios, el modelo de gestión, en un plano microscópico, desarrollado en las intervenciones rurales, el sistema de representaciones, en fin, segregado a lo largo de una continuada experiencia de contacto con el Norte de África, y aquilatado y condensado durante el periodo propiamente colonial en esa nebulosa política, etnográfica, retórica e ideológica que llamamos «africanismo».

Francisco Javier Martínez Antonio nos propone en este libro una selección de textos sobre Marruecos escritos por tres médicos españoles de finales del s. XIX, acompañada de un conjunto de imágenes e ilustraciones que por sí solas constituyen un valioso material. Martínez Antonio es un reconocido experto en la historia de la medicina española en Marruecos, un asunto que, también ahora y gracias a trabajos como los suyos, comenzamos a entender mejor. Resulta inútil recordar aquí la importancia de la sanidad como espacio privilegiado donde estudiar la lógica del mundo colonial, no sólo por lo que respecta a su estructura administrativa, sino también a la construcción de representaciones y categorías que, ligadas a la gestión del cuerpo, de la higiene y la enfermedad, son segregadas en un espacio fronterizo en el que se articulan los discursos de la diferencia, de la civilización y la barbarie, de la acción colonial como empresa regeneradora; donde cobra vida, en suma, esta fuerte dimensión fisiológica de la retórica africanista.

Que los médicos tienen acceso franco a lugares y espacios normalmente vedados a los demás, y que su testimonio es por tanto más original, más profundo y sutil, es una pretensión sin duda tópica, evocada por alguno de los autores recogidos en esta selección. La intención de la misma es ofrecer al lector, no una reconstrucción de la acción sanitaria española en Marruecos, sino, precisamente, un acercamiento a la mirada singular que estos médicos españoles proyectaron sobre ese país. Se



trata de una selección determinada, como nos dice Martínez Antonio, por la propia escasez de textos de carácter general escritos por estos médicos y, también, por la a menudo difícil accesibilidad de los mismos. El resultado es una antología de tres autores, los doctores Francisco Triviño, Adolfo Ladrón de Guevara y, sobre todo, Felipe Ovilo Canales. Los tres participaron directamente en la administración sanitaria en Marruecos en época de la Restauración, un momento de intensificación de la presencia española en Marruecos, la estrategia de la «penetración pacífica» en la que los médicos desempeñaron un papel importante. Ovilo y Ladrón de Guevara desarrollaron una carrera larga en ultramar: de hecho, el primero estuvo en Cuba y el segundo en las Filipinas antes de trabajar en Marruecos, donde en todo caso ambos llevaron a cabo su labor profesional como médicos antes de la fecha crucial de 1898. El tercero, Triviño, es un poco posterior, llegó a Marruecos en torno a 1897, y permaneció allí durante poco más de dos décadas: un momento en el que la perspectiva de una gran presencia colonial española en Marruecos se tornó en la realidad de un protectorado pequeño y en guerra. La introducción de Martínez Antonio resume bien toda esta historia de la sanidad española en Marruecos, así como las trayectorias de los tres autores.

¿Es cierto que los médicos poseen una mirada singular, un punto de vista especial que les permite acceder a lo más íntimo del mundo marroquí? Sí y no. Hay, en primer lugar, una cuestión de sensibilidad personal, de cultura, de amplitud de intereses e, incluso, de estilo, que impone diferencias significativas entre unos y otros autores; en el caso que nos ocupa, decididamente a favor de Felipe Ovilo, con mucho la personalidad más interesante de las tres. De hecho, el título del libro, *Intimidaciones de Marruecos*, está tomado de uno de sus escritos, publicado en 1894, y denota claramente esta intención de traspasar la barrera que separa ambos mundos para llegar a aprehender lo más profundo y oculto de Marruecos. Se trata, por supuesto, de un recurso retórico con el que construir la autoridad del testimonio, pero también, en el caso de Ovilo, como decimos, es reflejo de una mirada singular y de un voluntad de comprensión que, en algún momento, se expresa con una claridad poco común; como cuando, al hablar de la manera superficial con que un musulmán marroquí juzgaba a los cristianos, añadía: «Este procedimiento para juzgar a los cristianos que empleaba mi interlocutor es el que ordinariamente se emplea por nosotros para juzgarlos a ellos. Nos colocamos en el punto de vista en que hemos sido educados y vivimos, y con arreglo a semejante criterio todo nos parece mal, no los estudiamos a fondo, no los conocemos, nos formamos un Marruecos a nuestro capricho, y forzosamente hemos de ser injustos».

Esta singularidad de Felipe Ovilo se refleja en la que es, sin duda, su obra más importante sobre Marruecos, *La mujer marroquí. Estudio social*, editada en Madrid en 1886. En los fragmentos de la misma seleccionados por Martínez Antonio, Ovilo hace un repaso de distintos asuntos: la legislación musulmana sobre la mujer, el matrimonio y el divorcio; la (inferior) situación social de la mujer; sus distracciones (paseos, el baño); una descripción de las bodas; las "supersticiones" ligadas al mundo femenino; la prostitución; el estatus, en fin, de las mujeres hebreas... Un conjunto de cuestiones donde las observaciones etnográficas sin duda interesantes se mezclan con valoraciones más vagas y estereotipadas. Considérese el punto de partida de Ovilo: la mujer europea («encanto del hogar, la dulce compañera del hombre [...], la que modera y templea con exquisita delicadeza sus ímpetu brutales [...], la que inculca en su corazón los más hermosos sentimientos, la que llegando a formar parte de su ser fortalece con sus palabras su abatido espíritu, le inspira resignación y es su más firme sostén [...])», no existe en Marruecos; allí, su condición es triste: «esposa, es un instrumento de placer para el rico, y una esclava, un motor de trabajo para el pobre, y madre, no es considerada por su esposo sino uno de los elementos indispensables para la procreación y la lactancia de sus hijos». Esta tensión entre el deseo de penetrar la realidad de Marruecos y la aplicación de estereotipos, a menudo muy básicos, recorre todos estos textos, construyendo una retórica de dimensión propiamente moral y política. Así, las observaciones sobre «la mujer en Marruecos» acaban siendo observaciones sobre «la inferioridad de la mujer en Marruecos», de igual manera que el estudio de las «razas» de Marruecos tiende a la construcción de «tipos», de «modelos», más que a

la comprensión de la estructura y funcionamiento social de las comunidades marroquíes. Y es que las circunstancias de producción de estos discursos son evidentes: en las secciones que Martínez Antonio titula «El estado: monarquía, administración, justicia y ejército», «Situación general de Marruecos en 1888 y 1894» y «Las razas de Marruecos», la descripción social, política y militar que Ovilo dibuja en sus textos es la antesala de una apología de la intervención española en Marruecos, entendida como una "penetración pacífica", a partir del despliegue de una red de contactos, de protección (una de las herramientas fundamentales de esta estrategia), de acciones culturales o sanitarias... A partir de esta premisa, las descripciones tienden al impresionismo: así, la entrada en Marruecos entresacada del libro de Triviño *Cinco años en Marruecos. Apuntes de un médico*, expresa precisamente ese afán descriptivo y costumbrista en su propio subtítulo, *Descripciones, costumbres, tipos*.

Adolfo Ladrón de Guevara es mucho menos sutil en su expresión y en sus intereses que Ovilo. Martínez Antonio ha seleccionado uno de sus textos en una sección titulada "Higiene pública, cárceles y beneficencia", poniendo así de manifiesto la poderosa dimensión sanitaria de la ideología colonial. A mí me parecen especialmente interesantes los fragmentos que tanto Ladrón de Guevara como Ovilo dedican a la cuestión de las cárceles y, en general, de la penalidad y del sistema jurídico marroquíes: se trata de un campo muy sensible de la observación europea sobre el islam, y no sólo en época colonial; en él se articulan modulaciones cronológicas, pero también continuidades muy significativas.

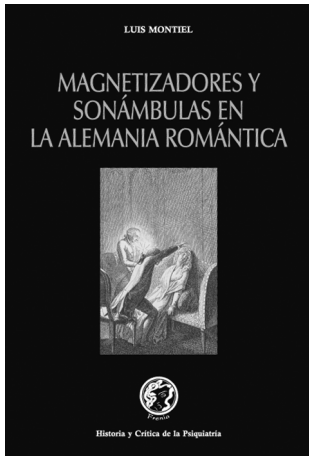
La que nos presenta Martínez Antonio es una antología valiosa; recupera textos importantes sobre Marruecos, que nos sitúan en un lugar idóneo para comprender dónde y cómo se crean las representaciones españolas sobre el Norte de África. Es importante entender, no sólo cómo se construyen los estereotipos coloniales, sino la manera en que los discursos se articulan con las prácticas, y el modo en que se gestiona la necesidad de producir, no sólo imágenes, sino conocimiento sobre las sociedades colonizadas. En este sentido, se impone, de manera general, una comparación, no sólo con lo que ocurría en el ámbito del colonialismo francés en el Norte de África, sino también con la mirada que algunos españoles reformistas lanzaban sobre la propia España, una especie de Marruecos interior que parecía exigir, también, una acción colonizadora. En este sentido, conviene no olvidar que, en España, hablar de Marruecos ha sido siempre, en buena medida, hablar de uno mismo.

Fernando RODRÍGUEZ MEDIANO

MONTIEL, Luis, *Magnetizadores y sonámbulas en la Alemania romántica*, Madrid, Frenia, 2008, 222 pp. [ISBN: 978-84-612-3236-9]

Desterrada ya del recuento tradicional de los 'errores' o anomalías que jalonan el desarrollo de la medicina científica moderna o de una historiografía meramente interesada en localizar doctrinas y prácticas precursoras del psicoanálisis, la psiquiatría dinámica o la psicoterapia moderna (Ellenberger, Crabtree, etc.), la historia del magnetismo animal y de su suerte en la Europa del tránsito del siglo XVIII al XIX ha experimentado en las últimas décadas un impulso muy notable. Fruto de varios años de dedicación a su estudio y avalado por su profundo conocimiento de la medicina y la cultura alemana de la época, Luis Montiel nos presenta en esta ocasión un trabajo de síntesis que complementa aportaciones anteriores —entre las que cabe destacar las incluidas en el volumen colectivo *En ningún lugar, en parte alguna* (Madrid, Frenia, 2003) y su reciente monografía *Dae-*

moniacas: Curación mágica, posesión y profecía en el marco del magnetismo animal romántico (Barcelona, MRA, 2006)— y traza un balance final de sus pesquisas en torno a la recepción, implantación y decadencia del magnetismo animal en el contexto de la Alemania romántica. En este sentido, el libro combina acertadamente el relato y el análisis de los hitos más señalados de este proceso (su ‘historia externa’) con una exposición pormenorizada de las elaboraciones teóricas a que dieron lugar los fenómenos magnéticos por parte de los autores alemanes más comprometidos con su práctica y su estudio, de manera que puede decirse que una de sus principales virtudes consiste justamente en situar de forma rigurosa y amena los hechos, los protagonistas y sus ideas en el convulso horizonte social, cultural e intelectual de los Estados alemanes entre la Ilustración y el Romanticismo.



De acuerdo con su intención de recorrer el ciclo completo del magnetismo animal en tierras germanas, Luis Montiel dedica un capítulo introductorio a la peripecia vital del fundador Franz Anton Mesmer entre su nacimiento y muerte a orillas del Bodensee, deteniéndose en la reconstrucción de sus años de aprendizaje y formación, de las circunstancias en que llevó a cabo su singular ‘descubrimiento’ y de su intenso y polémico apostolado en Viena y París. Como es sabido, y a pesar de los dictámenes desfavorables de las comisiones científicas reales, Mesmer consiguió convertir la capital francesa en un importante foco de irradiación de su doctrina, y regentó en ella una afamada consulta por la que pasó lo más granado de la sociedad prerrevolucionaria. Examinando algunos de sus casos más célebres y el perfil de las dolencias resueltas con las curas magnéticas, Luis Montiel sugiere que el éxito —temporal y limitado, pero muy significativo— de la heterodoxia mesmeriana hay que entenderlo, antes que nada, en el contexto de la inoperancia de la medicina de la época, pues «¿qué ofrecía al paciente, desde el punto de vista terapéutico, que fuera mejor que lo ofrecido por Mesmer? [...]

Absolutamente nada» (pp. 34-35). Y esta apreciación, que fundamenta su «reivindicación no científica, sino histórica, y a la postre antropológica, o antropológicomédica» del magnetismo animal (p. 183), le va a servir de guía —tanto como su familiaridad con los postulados del pensamiento romántico y, en particular, de la *Naturphilosophie*— en todo el acercamiento a la asimilación y proyección de la doctrina al otro lado del Rin que constituye el núcleo del libro.

Tras algunas resistencias iniciales por parte de los órganos científicos del despotismo ilustrado prusiano y de algunos médicos influyentes como C.W. Hufeland, el magnetismo animal encontró en las ciudades alemanas, de hecho, un territorio propicio a su difusión. Los testimonios más tempranos de su llegada se asocian a la figura de J.C. Lavater, el creador de la doctrina fisiognómica, de cuyo contacto en Bremen con el médico Arnold Wienholt proceden las primeras experiencias alemanas con la terapia magnética. Fruto de sus ensayos y observaciones, clínicos como Wienholt o el médico municipal de Heilbronn Eberhard Gmelin publicaron extensas recopilaciones casuísticas, que Luis Montiel destaca por su inusual honradez al incluir tanto las curaciones como los fracasos. Gmelin, además, ofreció un primer intento de explicar los fenómenos magnéticos apelando a la existencia de un espíritu o fluido vital (*Lebensflüssigkeit*) vinculado a la acción del sistema nervioso, y cuyo comportamiento debía aportar importantes claves para la naciente «mecánica experimental del alma» o psicología. Poco después, tras la entrada en escena de la filosofía de la naturaleza de Schelling, el cambio de opinión de Hufeland y la labor propagandística de algunos partidarios entusiastas como Carl Christian Wolfart y David Ferdinand Koreff en Berlín, el magnetismo animal vivió su época dorada en tierras alemanas, llegando a gozar incluso —al menos durante las tres

primeras décadas del siglo XIX— de una considerable respetabilidad social y académica. A ello contribuyeron notablemente las sucesivas publicaciones de médicos reputados como Carl Alexander Ferdinand Kluge, cuyo *Versuch einer Darstellung des animalischen Magnetismus als Heilmittel* de 1811 se convirtió en el manual de referencia para los magnetizadores de lengua alemana, o Dietrich Georg Kieser, quien entre 1817 y 1824 editó una revista especializada y a quien Luis Montiel considera el más serio y solvente de los teóricos alemanes sobre la materia; y lo mismo puede decirse del interés por los fenómenos magnéticos y sonambúlicos de autores tan destacados del pensamiento romántico como Johann Wilhelm Ritter o Gotthilf Heinrich von Schubert, quien propuso una influyente explicación del magnetismo basada en la acción del sistema nervioso vegetativo o ganglionar (sede de ese *Gemeingefühl* o sensorio común que recibe e integra armónicamente las percepciones inaprensibles por medio de la conciencia o los cinco sentidos clásicos).

En cualquier caso, a mediados de la década de 1820 el rastro del magnetismo animal en los Estados alemanes se había poco menos que esfumado; pero no sin antes legar el testimonio de innumerables encuentros clínicos entre médicos y pacientes —entre magnetizadores y sonámbulas— en los que, en opinión de Luis Montiel, pueden intuirse dos acontecimientos muy relevantes desde el punto de vista de una historia de la medicina centrada en el/la paciente: por un lado, la constitución de un espacio que alentaba la libre expresión de la individualidad, aunque fuera por medio de los síntomas sometidos a terapia; y, por el otro, la momentánea inversión de roles entre médico y paciente debido a la subordinación epistémica del magnetizador ante el potencial visionario de los estados sonambúlicos. Y, vista así, e ilustrada con la reconstrucción de algunos ‘casos sonados’ o muy representativos (como los de la célebre vidente de Prevorst o Lady Susan Lincoln), la historia del magnetismo animal adquiere una dimensión social y de género que, como concluye Luis Montiel, todavía la aleja más de los estrechos márgenes en los que ha sido tradicionalmente confinada por la historiografía positivista y psicoanalítica.

Enric NOVELLA

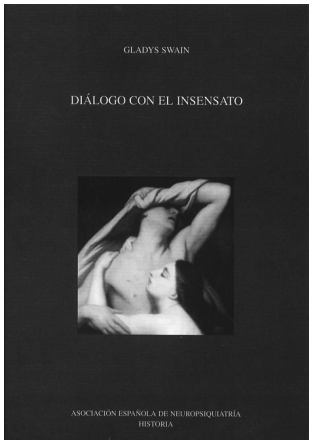
SWAIN, Gladys, *Diálogo con el insensato*, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2009, 263 pp. [ISBN: 978-84-95287-48-9]

Gladys Swain murió prematuramente el 22 de septiembre de 1993. Un año más tarde, Éditions Gallimard publicó *Dialogue avec l'insensé*, obra que reúne una serie de ensayos que la autora había redactado entre 1977 y 1987. Ahora, gracias a la iniciativa de Fernando Colina y Mauricio Jalón, responsables de la magnífica colección de Historia que edita la Asociación Española de Neuropsiquiatría, podemos leer en castellano esta importante aportación a la historiografía psiquiátrica francesa.

Diálogo con el insensato viene a prologar, completar y matizar los argumentos desarrollados por Gladys Swain en sus dos libros más celebrados: *Le sujet de la folie* (1977) y *La pratique de l'esprit humaine* (1980), este último en coautoría con Marcel Gauchet. En su momento, estas monografías fueron importantes en el panorama histórico-psiquiátrico porque ofrecían claves de gran interés para comprender el nacimiento de la psiquiatría y de la asistencia manicomial en el marco de la Revolución francesa. Su exquisita formación médica y filosófica llevó a sus autores a analizar en profundidad la obra de Pinel y Esquirol y a discutir, de manera muy fina y documentada, algunas de las tesis de Foucault en torno a la exclusión del loco y al papel represor del asilo, entendido como una prolongación del «gran encierro». El amplio prefacio del que fuera su compañero en la

vida y permanente colaborador Marcel Gauchet, permite ubicar las líneas fundamentales de su pensamiento. El propio título de dicho prólogo: «En busca de otra historia de la locura» hace referencia a esas diferencias con la obra foucaultiana.

El libro contiene trabajos que podrían agruparse en cuatro apartados: el primero —creo que el más interesante desde el punto de vista historiográfico— comprende varias aproximaciones al nacimiento de la psiquiatría inmediatamente después de la Revolución francesa; el segundo grupo de aportaciones aborda la reflexión histórica sobre algunos conceptos psicopatológicos importantes, como la melancolía o la histeria; el tercero se interesa por las características de la «ruptura freudiana» en el tránsito del siglo XIX al XX y, finalmente, un último trabajo, se ocupa de la práctica psiquiátrica a partir de los años cincuenta y de la aparición de los psicotropos.



No se trata aquí de comentar pormenorizadamente los contenidos de *Diálogo con el insensato*. El lector o la lectora interesados sabrán sacar, sin duda, provecho de estas «perlas» de la historia de la psiquiatría, que deben considerarse, también, en el contexto histórico en el que se desarrolló la producción intelectual de la «generación del 68». En el caso de Gladys Swain, su obra pivota sobre una militancia social y política de orígenes trotskistas, un compromiso con lo asistencial que le llevó a cuestionar la disciplina psiquiátrica (desde el interior de su propia práctica), valorando las aportaciones del movimiento antipsiquiátrico, del que siempre se mantuvo a una prudente distancia, y las del «nuevo» psicoanálisis encarnado en Jacques Lacan. Y atravesando todo ello, la pasión por la historia, el convencimiento de que «toda historia es contemporánea» y la apuesta por una reflexión (histórica) que permita «pensar el presente».

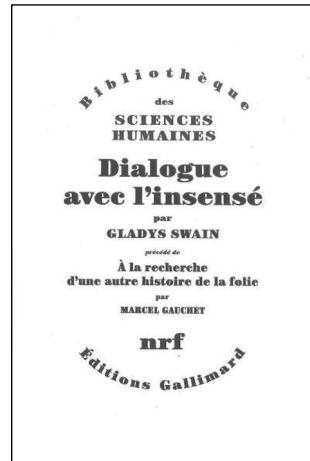
Ahora bien, ¿por qué resulta oportuno leer hoy una serie de ensayos redactados en los años setenta y ochenta? ¿Qué puede aportar a los enfoques y tendencias historiográficas más recientes? Por poner solo algunos ejemplos en este sentido, destacaré la utilidad que el texto titulado «Una lógica de la inclusión: los minusválidos del signo» puede tener para los que en la actualidad trabajan en el ámbito de los llamados *disability studies*, y algo parecido ocurre con «El alma, la mujer, el sexo y el cuerpo. La metamorfosis de la histeria a finales del siglo XIX» porque, si bien el problema que aborda ha sido trabajado en las últimas décadas por numerosos autores y desde perspectivas muy diferentes, no deja de resultar esclarecedor que antes de que se pusieran de moda los *body studies*, los enfoques de género o los estudios culturales, Gladys Swain ya ofreciera, de manera pionera, una pequeña sinopsis de no pocos de los elementos que permiten identificar en la histeria «el valor cultural del signo». Asimismo, el breve ensayo sobre «Permanencia y transformaciones de la melancolía» es un modélico ejemplo de capacidad sintética y analítica en el que se transita por autores y conceptos fundamentales. Analizando «discontinuidades» en un periodo de «larga duración», Swain nos muestra paulatinamente la ruptura con la teoría humoral; la ruptura con la consideración de la melancolía como un trastorno intelectual (con delirio parcial o general) y, finalmente, la ruptura freudiana entre la oposición del registro del afecto y del registro del pensamiento. Particularmente interesante me parece la alusión a Guislain y a su «descubrimiento» del sufrimiento del loco, del profundo trastorno afectivo que, según él, está en el comienzo de toda locura, de cualquier locura: frente a la idea del «insensato de no sufrir», el dolor moral —la frenalgia— entendida como el trastorno fundamental de la alienación. Swain considera esta aportación de Guislain «profundamente original e innovadora», lo que me parece que viene a demostrar, aunque no quede explícito en su ensayo, la intuición de Swain al identificar lo que sería una de las bases conceptuales fundamentales del pen-

samiento antinosográfico en psiquiatría y, en consecuencia, uno de los puntos de partida de la noción de psicosis única, que tanto interés ha suscitado recientemente desde el punto de vista de la historia y de la teoría de la psicopatología.

Sin embargo, lo más significativo de la obra que comentamos, lo más trascendente para la historiografía actual, son las páginas dedicadas al tratamiento moral. Varios de los ensayos contenidos en *Diálogo con el insensato* profundizan en esta cuestión. Su lectura, como no podía ser de otro modo, nos recuerda, matizaciones aparte, los argumentos vertidos en *Le Sujet de la folie* y, naturalmente, sus relativas discrepancias con Foucault. En este sentido, Gladys Swain otorga una importancia capital a la revolución *pineliana* en el nacimiento de la psiquiatría, no porque liberara a los locos de sus cadenas, no por la dudosa, o al menos discutible, filantropía de aquel «mito fundacional», sino porque con Pinel tiene lugar «el nacimiento de la clínica». Es aquí donde el tratamiento moral cobra una inusitada importancia, porque constituye, al menos en el pensamiento y las prácticas de los primeros alienistas, una posibilidad de cura para los pacientes mentales. El asilo es entendido como una institución terapéutica, no necesariamente represora. Como es lógico, no está exenta de contradicciones o de malas prácticas, pero «conceptualmente», y al menos sobre el papel, no está diseñado originariamente como una institución de control y defensa social. Ello lleva implícito una manera de entender la locura que es psicogenética y social, que libera al loco de la moral, para concebirlo en el ámbito de lo moral; esto es, de lo psíquico. Actuar sobre las ideas o sobre las pasiones a través de la palabra, mediante el «diálogo con el insensato», era la aspiración de Pinel o de Daquin, antes de que los propios principios del tratamiento moral se desvirtuaran o de que la somatización y la cronicidad hicieran su aparición en el pensamiento psiquiátrico de la mano de la PGP, de la degeneración o del delirio crónico.

Creo que este es uno de los grandes aportes de Gladys Swain a la historia de la psiquiatría, esa posibilidad de «cura» eficaz de los alienados mediante el tratamiento moral: ahí estaría el origen, el nacimiento de la psiquiatría. Un tratamiento moral, practicado por un nuevo experto —el alienista—, en un espacio institucional con vocación terapéutica —el asilo—. La locura acabará medicalizándose, como bien sabemos, pero en sus comienzos todavía debe mucho a la filosofía: al antideeterminismo de Locke o al sensualismo de Condillac, pero sobre todo, según nuestra autora, a la idea hegeliana —y pineliana— de la «racionalidad del loco», de que cada insensato posee un resto de razón que le confiere, en sí mismo, la posibilidad de curación. Por eso, pensar sobre la locura a partir de Pinel es «concebir la principalmente abierta a un proyecto terapéutico: a un proyecto que se desarrolla en el elemento mismo de la perturbación psíquica y directamente sobre él» (p. 51).

Este es el modelo interpretativo que Gladys Swain propone. A mi juicio, no invalida necesariamente la noción del tratamiento moral como un método pedagógico-disciplinario destinado a que los sujetos interioricen las normas que les son impuestas, pero sí amplía mucho más las posibilidades hermenéuticas. Las que, por ejemplo, nos sitúan el tratamiento moral y el nacimiento del asilo en el marco de una «cultura de la subjetividad». Una nueva concepción del individuo que, de la mano del romanticismo, el idealismo y el espiritualismo, propició la introspección y la reflexividad de un yo percibido como problemático y, en muy buena medida, una nueva visión de la locura y de la manera de actuar sobre ella.



En esto consiste, en definitiva, la actualidad de la obra de Swain. Sus propuestas, rescatadas y actualizadas, nos pueden ayudar a analizar la historia de la psiquiatría, del manicomio y de sus reformas asistenciales desde la Ilustración al Positivismo como producto de esa cultura de la subjetividad que impregnó la sociedad europea y que constituyó, no lo olvidemos, el caldo de cultivo del romanticismo, del liberalismo y del capitalismo.

Hoy día, la actualidad historiográfica de la subjetividad me parece innegable. Desde el punto de vista metodológico, se tiende a considerar, y aceptar, no solo la subjetividad de los individuos y colectivos estudiados, sino la del propio investigador que «construye» y narra la historia. Y qué decir de la importancia crucial que la subjetividad tiene en la elaboración de una teoría psico(pato)lógica medianamente coherente. Asimismo, el dolor, el miedo, el amor, la tristeza, etc., se han convertido en sujetos históricos de una novedosa y prometedora «historia de las emociones», de la que no se pueden excluir las pasiones, desordenadas o no, y la propia locura. No en vano podemos detectar una cierta deriva, no sé si definitiva pero sí suficientemente firme, de la historia de la psiquiatría hacia la historia de la subjetividad, tal como Enric Novella nos explica en este mismo número de *Asclepio* a propósito de la obra de Jan Goldstein.

Creo que, de todo lo antedicho, podemos aceptar que la obra de Gladys Swain puede considerarse como un clásico de la historia de la psiquiatría; es decir, como una de esas obras que no se pasan de moda y que son susceptibles de ser leídas una y otra vez, porque son capaces de ofrecer, en cada momento, nuevos motivos de reflexión. Supongo que esa es la razón por la que los responsables de la ya mencionada colección de Historia de la Asociación Española de Neuropsiquiatría han incluido *Diálogo con el insensato* en su esmerada selección de títulos. La colección se abrió con la *Melancolía erótica* de Jacques Ferrand y cuenta con verdaderos clásicos, como la *Anatomía de la Melancolía* de Robert Burton, *Sobre las pasiones* del Esquirol más temprano, o *El tratamiento moral* de François Leuret. También con escritos, no menos clásicos, de locos ilustres: *Los sucesos memorables de un enfermo de los nervios*, del considerado «profesor de psicosis» Paul Schreber, o la curiosa selección recopilada por Raymond Quenau en *Los confines de las tinieblas. Los locos literarios*. Es imposible glosar aquí una serie de libros no necesariamente «psiquiátricos», en la que encuentran hueco Cicerón o Cardano, junto a los ya citados y otros por citar, pero no quisiera terminar estas líneas sin dejar pública constancia de la infatigable y excelente labor de Fernando Colina y Mauricio Jalón, responsables de que «los libros negros de la AEN», como se los conoce en determinados círculos, se hayan convertido en una prestigiosa colección de obras imprescindibles para todo el que quiera profundizar, desde la historia, la filosofía o la psicopatología en la cultura y el pensamiento «psi». La obra de Gladys Swain objeto de la presente reseña es, hasta el momento, el último título de la serie, al que deseamos fervientemente que le sigan muchos más.

Rafael HUERTAS

VALLÉS, Juan, *Regalo de la vida humana*. Transcripción del manuscrito y coordinación de estudios: Fernando Serrano Larráyo. Pamplona –Viena, Gobierno de Navarra– Österreichische Nationalbibliothek, 2008, 2 vols., 329 y 783 pp. [ISBN: 978-84-23530-96-0]

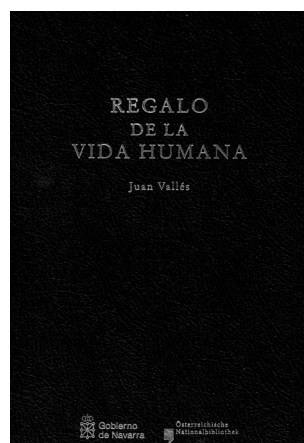
Es loable la iniciativa del Gobierno de Navarra, que ha decidido invertir fondos en la edición y estudio de su patrimonio histórico escrito. Para ello ha encargado al historiador Fernando Serrano Larráyo, que ha estudiado con brillantez la medicina y la alimentación en la corte de Carlos III el

Noble de Navarra, la transcripción del *Regalo de la vida humana* y la coordinación de los estudios que analizan este amplio recetario doméstico sobre diversos aspectos de la salud que el protonotario y tesorero de Navarra Juan Vallés escribió poco antes de su muerte, acaecida en 1563. La obra del tesorero es un testimonio del interés que los temas médicos despertaron entre los distintos estamentos sociales y entre los individuos no vinculados profesionalmente a la medicina a lo largo de la baja Edad Media y el Renacimiento, como consecuencia del proceso que modernamente se ha denominado medicalización de la sociedad, proceso que se difundió a partir del siglo XIII y del arco mediterráneo que se extiende entre Valencia y Sicilia y que cada vez conocemos mejor. Serrano Larráyoiz ha hecho lo que debía: en primer lugar, una transcripción meticulosa del texto, que anota todos los pormenores (correcciones, tachados, interlineados, etc.) y que es poco intervencionista (hubiera podido corregir, por ejemplo, la «Inquisición» de la primera rúbrica). En segundo lugar, reunir siete estudios que contextualizan perfectamente el texto y lo analizan en detalle en aquellos aspectos que así lo requieren. El resultado son dos volúmenes de gran formato que ocupan once centímetros de estante en una biblioteca. Uno contiene el facsímil de manuscrito, conservado en la Biblioteca Nacional de Austria. El otro, los estudios y la transcripción del texto. Un buen regalo para quien se interese por estos temas.

El *Regalo de la vida humana*, que Juan Vallés no logró terminar, pretende «recoger por orden todas aquellas curiosidades que para el servicio de una persona y buen gobierno y policía de una casa cumplida podían ser necesarias», según apunta en el prólogo su nieto Pedro de Sada, que preparó el texto para la imprenta, aunque nunca llegara a imprimirse. La obra, de carácter práctico, se estructura en siete libros, aunque Pedro de Sada anuncia un octavo del que nada se sabe. El primero recoge aspectos relacionados con la limpieza y el aderezo de la cabeza, el rostro y las manos. El segundo habla de perfumes, aguas y polvos de olor. El tercero se centra en cuestiones que tienen que ver con los aceites, bien sean de olor bien de uso medicinal y quirúrgico. El cuarto se refiere a conservas de azúcar y de miel. El quinto, a las confituras, turroneos y otras frutas que se hacen con azúcar y miel. El sexto recoge numerosas recetas sobre tortas, quesadillas, sopas, potajes, salsas, aves y otras carnes, pasteles, empanadas, etc. Finalmente, el séptimo trata de los vinos, el aguardiente, el vinagre y otros caldos.

Como todo conjunto de estudios, los aquí reunidos tienen sus virtudes y sus defectos, sus irregularidades. Veámoslos brevemente y por orden. El primer estudio, firmado por el mismo Serrano Larráyoiz, traza el perfil humano y profesional de Juan Vallés (c. 1496-1563), un personaje interesante que se casó, tuvo tres hijos ilegítimos con una sirvienta con conocimiento de su esposa, disfrutó de bienestar económico, fue autor de dos obras más además de la que nos ocupa (*Libro de acetrería y montería*, *Flores de cirugía y medicina*), estuvo al servicio de la corte del emperador Carlos V y de la Cancillería aragonesa, fue tesorero general y protonotario de Navarra y tuvo diversos litigios con vecinos por causas un tanto feas (fue acusado de sobornar a un testigo y suspendido temporalmente del cargo de tesorero por perjurio). El estudio de Serrano Larráyoiz fija con gran detalle la biografía de Juan Vallés a partir de la lectura e interpretación de protocolos notariales, de los Libros de Cédulas y de Cámara referentes a Navarra conservados en el Archivo General de Simancas y de los cincuenta procesos judiciales en los que Vallés se vio envuelto. El completo árbol genealógico de Juan Vallés de las páginas 74-75 constituye un ejemplo gráfico de los buenos resultados de esta metodología de trabajo.

El segundo estudio del volumen es el de María Itziar Zabala Aldave, que lleva a cabo el análisis codicológico del manuscrito. Hace una descripción minuciosa del manuscrito, de los cuadernos, de



la encuadernación, las filigranas, los reclamos, la escritura, etc., con una útil representación gráfica de todos ellos, pero se olvida de intentar datar el códice. Apunta que la caligrafía de la presentación es del nieto de Vallés, Pedro de Sada, y que el manuscrito no necesariamente tiene que ser autógrafo de Vallés, aunque podría serlo. Con acierto, sugiere la intervención de algún otro copista, que posiblemente procedía del ámbito de la administración como el mismo Vallés.

El tercer estudio, de Lluís Cifuentes i Comamala, es una síntesis muy bien argumentada de la relación que se da entre la ciencia escrita en lengua vulgar y las élites laicas en el paso de la Edad Media al Renacimiento. Su análisis nos permite entender el proceso que llevó a hombres como Juan Vallés a compilar una obra que contiene consejos para «hermosear», un apartado dedicado a la confitería y la gastronomía y otro al vino. Cifuentes expone las líneas generales del proceso de vernacularización del saber científico y técnico en el que se inscribe la obra de Vallés, sus orígenes y manifestaciones, quienes son los públicos de la ciencia y la técnica escritas en lengua vernácula, el interés de la burguesía por la ciencia y la técnica y la tipología de obras que más les atraían. Termina por analizar las compilaciones del saber, en particular el género de los recetarios, en el que se inscribe el *Regalo de la vida humana*.

El siguiente estudio, de Jon Arrizabalaga y Teresa Huguet Termes, contextualiza la cultura de la salud de Juan Vallés en su tiempo. Sumariamente, trata del galenismo médico latino, del concepto de salud (importancia de la higiene y de la dieta, las seis cosas no naturales del galenismo) y de su creciente valoración en la Europa latina occidental de la Edad Media, analiza las fuentes básicas que cita Vallés (Galeno, Avicena, Mesué, etc.) y relaciona el *Regalo* con otros recetarios similares.

Montserrat Cabré i Pairet emprende el análisis de los libros I-III del *Regalo de la vida humana*, que constituyen los consejos para «hermosear», tratados cosméticos habituales en la literatura técnica que manejaban y escribían médicos y cirujanos. Ella inicia, pues, el estudio por bloques temáticos de la obra de Juan Vallés. Su trabajo es excelente: traza un panorama de los textos de este tipo anteriores a la obra de Vallés, con atención especial a los hispánicos (*Tròtula, Flors del tresor de beutat, Manual de mugeres, Vergel de señores*), que constituye una buena contextualización del tema, puntualiza que el público de Vallés es amplio (tanto hombres como mujeres) y compara el texto del *Regalo* con una de las fuentes fundamentales del autor de origen aragonés afincado en Villafranca de Navarra: el anónimo *Vergel de señores*, que no ha sido editado modernamente todavía. Los ejemplos presentados en unas tablas de concordancias por Cabré i Pairet no ofrecen lugar a dudas.

El sexto estudio, de Fernando Serrano Larráyo, es un completo análisis de los libros IV-VI del *Regalo de la vida humana*, dedicados a la confitería y la gastronomía. La propuesta gastronómica de Vallés responde a los ideales de un hombre acomodado de su tiempo. El modelo alimentario que sigue básicamente es el mediterráneo, en el que la cocina catalana e italiana tuvieron un papel fundamental durante la primera mitad del siglo XVI. Como era propio de la época, el navarro asume la elaboración de dulces y conservas como una práctica propia de los boticarios. Serrano Larráyo confirma el papel de fuente del *Vergel de señores* y relaciona el texto de Vallés con otros recetarios, como el anónimo catalán *Llibre de totes maneres de confits* o el famoso *Llibre del coc* (en su traducción castellana, *Libro de guisados, manjares y potajes intitulado Libro de cocina*) de Ruperto de Nola.

El último estudio del volumen, de Fermín Miranda García y Carmen Jusué Simonena es el más breve. Está dedicado al libro VII del *Regalo* y analiza las recetas sobre el vino. Aunque toma en consideración obras contemporáneas que tratan de los tipos de vino y de su elaboración, no contextualiza correctamente el tema al no considerar el vino como un alimento, que es lo que hacían por ejemplo todos los regímenes de salud medievales. El vino y sus efectos llegan también al público amplio en la baja Edad Media y el Renacimiento a través de la literatura de problemas, género didáctico de origen aristotélico de gran difusión en los siglos XV y XVI que los autores desconocen, aunque Juan Vallés cite a Aristóteles en el capítulo primero del libro VII y ellos mencionen a Alfonso López de Corella, el primer autor castellano de un libro de problemas.

A nivel general, echo en falta un par de cosas en el volumen. La primera es un índice de topónimos, de antropónimos, de obras y de manuscritos e impresos antiguos citados, que hubiera sido muy útil para localizar las fuentes y las autoridades explicitadas por Vallés y la procedencia de algunos alimentos, como las sobrasadas de Italia. La segunda es una bibliografía única. Se recogen muchas referencias bibliográficas que dan una visión de conjunto de temas relevantes e interdisciplinarios (el desarrollo de las universidades, el renacimiento del siglo XII, etc.) que se pierden en las notas a pie de página. Y para terminar, constato un efecto producido me imagino que por las prisas: las citas al texto de Vallés en los diferentes estudios corresponden siempre a la foliación del manuscrito, no a la paginación de la transcripción de Serrano Larráyo, tal como habría sido lo más lógico y lo más útil para el lector.

Recuerdo una película mítica que terminaba con esta frase y una sonrisa: «nadie es perfecto...». Las virtudes de esta publicación pesan más que sus defectos, por lo que sin duda las palabras de Pedro de Sada se harán realidad todavía en el siglo XXI: el nieto no duda que de la lectura del *Regalo de la vida humana* de su abuelo «había de ser muy grande el beneficio que generalmente a todos hiziesse», puesto que era evidente entonces, asegura, «la necesidad que los hombres tienen de semejantes cossas».

Antònia CARRÉ

ORTIZ GARCÍA, Carmen, SÁNCHEZ-CARRETERO, Cristina y CEA GUTIÉRREZ, Antonio (coords.), *Maneras de mirar. Lecturas antropológicas de la fotografía*, Madrid, CSIC, 2005, 284 pp., ilustraciones b/n. [ISBN: 84-00-08372-5]

En *Maneras de mirar* se recogen, adaptadas al formato, las reflexiones de los investigadores que participaron en el seminario para postgraduados *Lecturas antropológicas de la fotografía*. Este libro es el resultado de la colaboración establecida entonces, pero también es algo más. Tal y como anuncia su título, a través de él podemos acceder a diversas «maneras de mirar», porque, en definitiva, lo que vemos no tiene tanto que ver con lo que hay como con el modo en que se mira. Cuando se habla sin cesar de cómo la proliferación de imágenes ha llevado a establecer una relación muy particular con el mundo, se pone de manifiesto la necesidad de analizar en qué consiste esta relación y en saber estudiarla. De esta manera se podría llegar a comprender mejor lo que nos rodea y, en definitiva, podríamos entendernos mejor a nosotros mismos. Este libro contribuye a avanzar en este sentido, tanto por las aportaciones que incluye como por lo esmerado de una edición que, además, hace un uso cuidado y adecuado de la relación que se establece entre texto escrito e imagen.

Maneras de mirar se ocupa exclusivamente de la fotografía, una forma de producción de imágenes que, cuando apareció, supuso una revolución por el componente mecánico que incorporaba, así como por la relación que establecía con su referente. Cada una de las trece contribuciones que, junto con la introducción, componen este libro muestra una forma diferente de incorporar la fotografía a la investigación. A



través de ellas queda claro hasta qué punto se trata de un medio de conocimiento para la investigación científica, con aplicaciones y funciones muy diversas. Así lo muestran los ejemplos que aquí se recogen, procedentes de campos tan distintos como la antropología, la historia, la historia del arte, la psiquiatría y la propia fotografía.

Tal y como explica José Carmelo Lisón Arcal, la fotografía presenta muchísimas ventajas para recopilar y analizar información, así como para presentar los resultados de la investigación [«Investigando con fotografía en antropología social», pp. 15-30]. El autor se refiere solamente al trabajo del antropólogo aunque muchas (por no decir todas) sus afirmaciones podrían aplicarse igualmente a otras disciplinas. El hecho clave es que la fotografía permite fijar un momento en el tiempo y el espacio, proporcionando la posibilidad de volver sobre su imagen para analizar, pensar y comunicar lo acontecido.

Pero también hay que tener en cuenta el valor de las imágenes que fueron captadas con finalidades distintas a la investigación. En este sentido, toda fotografía se convierte en objeto susceptible de estudio, un artefacto significativo, independientemente de que fuera creado pensando en el estudio antropológico o no. La fotografía ha de entenderse como un documento, tal y como indica Juaco López Álvarez, que contribuye a conservar y transmitir la memoria del pasado [«La fotografía en un museo de etnografía. La experiencia del Museo del Pueblo de Asturias», pp. 169-188]. De ahí la importancia de las colecciones fotográficas en museos como el Museo del Pueblo de Asturias al que este autor dedica su texto. Por su parte, Luis Calvo Calvo se refiere al valor del trabajo de fotógrafos profesionales como Paul Strand y William Klein para las investigaciones antropológicas [«Las «otras imágenes» o la fotografía como referente antropológico», pp. 161-168]. El trabajo de la fotógrafa Cristina García Rodero, que recogió en libros como *España oculta* los «retratos en acción» de un país en pleno cambio, es analizado por Stanley Brandes tanto a través del análisis del libro y sus fotografías [«Retratos en acción: la España de Cristina García Rodero», pp. 229-244] como de la conversación con la propia artista [«Interpretar sin palabras: entrevista con Cristina García Rodero», pp. 245-256]. De todo ello se concluye el interés histórico, etnográfico y metodológico de la obra de esta artista para la antropología. Esto queda claramente en evidencia a continuación cuando, gracias a la combinación del trabajo de especialistas de distintas disciplinas se puede ofrecer, como cierre del volumen, un acercamiento sugerente y complejo al culto de María Lionza en Venezuela. De esta manera se engarzan el trabajo de Francisco Ferrándiz (compuesto por escritos del autor y la transcripción de los testimonios de algunos médiums espiritistas) y las fotografías tomadas por Cristina García Rodero, resultando de todo ello una discontinuidad polifónica, formada por lenguajes distintos aunque complementarios [«Espejos: cuerpos, imágenes y palabras en el culto de María Lionza», pp. 257-281].

Con la misma intención de dar cuenta de un fenómeno lejano en el espacio, se tomaron las fotografías de las exhibiciones etnológicas vivas celebradas en España a finales del siglo XIX y principios del XX a las que se refiere el trabajo de Luis Ángel Sánchez Gómez [«Exhibiciones etnológicas vivas en España. Espectáculo y representación fotográfica», pp. 31-60]. Tal y como se indica en el texto, la finalidad y la apariencia de estas muestras era diferente según se partiera de una iniciativa oficial o privada. Sin embargo, el modo en que se retrató a las personas expuestas (de grado o a la fuerza) no tenía tanto que ver con eso como con la mirada de su público y de su época.

El retrato que de la realidad haría la fotografía sólo es objetivo en teoría. En realidad está igualmente mediatizado por la subjetividad de todos los que participan en ella: retratados, fotógrafos y público. En la fotografía no sólo se puede apreciar el rastro de la luz emanada por el referente, sino también un entorno social y cultural, unos prejuicios que permitieron la lectura de la imagen en su momento así como otros que nos posibilitan acercarnos a ella con posterioridad. Gracias a ello podemos encontrar el mensaje colonial de dominación implícito en las imágenes de las muestras etnológicas vivas a que antes nos hemos referido. Esto no sucede solamente con las fotografías históricas, así Julián López García se ocupa de poner de manifiesto el modo en que se busca la

respuesta emocional a las imágenes en la elaboración de las campañas de solidaridad [«Sentido y efectos de la fotografía para la solidaridad», pp. 83-108]. En su texto se explica cómo estas fotografías, que sirven para dar carta de existencia a un fenómeno que resulta extraño al mundo occidental, emplean los tópicos que compartimos acerca de los países y los pueblos retratados para lograr el efecto deseado.

Por otra parte, el carácter polisémico, ambiguo, abierto de las imágenes en general, unido a la objetividad y veracidad a que, supuestamente, obligaría la técnica fotográfica, permite que se pueda construir, afirmar y comunicar una realidad con una gran eficacia, aunque esta realidad estuviera falseada. De esta manera las fotografías de la Salpêtrière fueron uno de los elementos empleados por Charcot para definir y construir una patología neurológica como la histeria y difundir sus ideas entre sus colegas. Así lo explica Rafael Huertas García-Alejo en su análisis del uso y la difusión de estas imágenes [«Imágenes de la locura: el papel de la fotografía en la clínica psiquiátrica», pp. 109-122]. Pero la fotografía no sólo sirve para que los médicos retratasen y analizaran a los pacientes, sino que también se nos muestra como una forma de autorrepresentación del enfermo que puede, gracias a ella, construir una realidad cuyo carácter visual permite al investigador acercarse a una percepción del mundo diferente de la mayoritaria. Es el caso de los retratos de C.C. que Antonio Cea Gutiérrez y Rafael Huertas García-Alejo analizan, junto con su historia clínica, en un texto conjunto [«Locura de santidad. Un caso del doctor Lafora», pp. 123-160].

En un plano diferente se encontraría la construcción cultural que supone el traje regional, un fenómeno estudiado por Jesusa Vega a través de las estampas de los siglos XVIII y XIX y las fotografías de Ortiz Echagüe que se encargaban de fijar aquello que, se temía, iba a desaparecer [«De la estampa a la fotografía: el traje regional y el simulacro de España», pp. 61-82]. La supuesta objetividad de la fotografía era uno de los elementos que apoyaban la verdad de unos trajes que, en realidad, tenían mucho de disfraz. Además, la ambigüedad del significado de las imágenes permite que se emplee el mismo objeto con fines muy diversos. Así, las fotografías de Ortiz Echagüe se pudieron ver en el pabellón republicano de 1937, representando a la mujer esclavizada anterior a la II República como contraste con la mujer libre, que simbolizaba la miliciana. Sólo unos años después, bajo la dictadura franquista, las mismas fotografías se convirtieron en la representación de una esencia española inexistente más allá del simulacro.

Y es que mucho de lo que puede decirnos la fotografía depende de lo que de ella se cuente. La imagen fotográfica se convierte así en hilo conductor de narrativas, algo que también tiene que ver con la elaboración de una realidad y que tiene una importante función social en el ámbito de lo privado. Cristina Sánchez-Carretero se ocupa de estudiar cómo se produce esto en situaciones de distancia física como la que supone la migración transnacional. La investigadora estudia, en su artículo, el caso concreto de varios grupos residentes en España y República Dominicana [«Desde Madrid con amor: la *performance* fotográfica como hilo conductor de narrativas», pp. 211-228]. Así las fotos se convierten en uno de los medios que posibilitan las conexiones y la comunicación entre familias transnacionales de manera que puedan seguir vigentes los vínculos que existían entre sus componentes. Aquí no se entiende la fotografía como un simple producto visual sino que se la analiza desde una perspectiva *performancial*. En ella se verifican una serie de *performances* más activas que tienen que ver con la producción y la recepción y otras más estáticas relacionadas, por ejemplo, con la decoración de las casas. Todo esto permite llevar a cabo una construcción del yo que puede ser comunicada a otros miembros del grupo al que se pertenece, una construcción apoyada y refrendada por la prueba fotográfica.

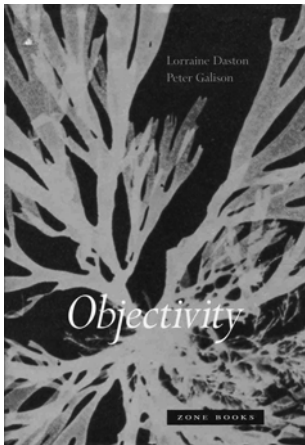
La función de la fotografía como medio para construir y transmitir la memoria del grupo familiar se da también en ámbitos tan cercanos como el del álbum familiar. Si en el caso de las personas establecidas en lugares diferentes esta construcción se llevaba a cabo a través del comentario telefónico de las fotos, entre otros, en el caso del álbum se trata del relato que acompaña a la exhibición y contemplación del mismo. Carmen Ortiz García va desgranando a lo largo de su contribu-

ción los modos en que un ámbito tan privado y, aparentemente, tan libre está profundamente codificado tanto en su elaboración como en su uso [«Fotos de familia. Los álbumes y las fotografías domésticas como forma de arte popular», pp. 189-210]. La profunda relación que existe entre las personas y estos álbumes familiares, que da cuenta de todas las situaciones que la gente considera importantes (y comunicables por este medio), lleva a la investigadora a afirmar que estas fotografías de aficionado van más allá del «arte bárbaro» del que hablara Bourdieu.

A lo largo de este libro se puede ver hasta qué punto es necesario, útil e interesante incorporar el análisis de las imágenes en la investigación científica. El diálogo entre disciplinas, que aquí se produce, es sólo un ejemplo de cómo a través del estudio de la fotografía se puede llegar a conocer de una manera que no es posible a través de la experimentación directa. No obstante, como bien se indica en *Maneras de mirar*, quizá uno de los principales problemas que se plantean a la hora de incorporar esta fuente sea el de su interpretación. A pesar de la saturación visual, aún nos sigue resultando difícil reconocer y trasladar lo que encontramos en las imágenes a un medio como el científico que, hasta hace bien poco, privilegiaba otras herramientas de investigación y otras formas de comunicación.

Noemí DE HARO GARCÍA

DASTON, Lorraine y GALISON, P., *Objectivity*, Nueva York, Zone Books, 2007, 501 pp. [ISBN: 978-1-890951-78-8]



Desde su publicación —ha sido reimpressa en 2008— esta obra no ha dejado de suscitar comentarios muy elogiosos por parte de pensadores tan reconocidos como Hilary Putnam, Arnold Davidson o Bruno Latour. Previsiblemente seguirá dando que hablar en los próximos años, pues su renovadora propuesta, situada plenamente en lo que se ha denominado el «giro visual» en los estudios de Historia de la Ciencia, afecta profundamente, no sólo a este campo, sino a disciplinas como la epistemología, la historia cultural o la historia de la filosofía.

La intención de los autores es escribir una historia de la objetividad. La tarea sorprende de entrada al lector poco avezado; los términos «objetividad» o «conocimiento objetivo», ¿no son otros modos de denominar al conocimiento científico *tout court*?; ¿no es la historia de la objetividad un sinónimo de la historia de la ciencia? El primer capítulo del libro, titulado «Epistemologías del ojo» ofrece un desmentido histórico y conceptual de este planteamiento ingenuo. La «objetividad» es una virtud epistémica entre muchas otras, donde figuran también la certeza, la exactitud, la reproducibi-

lidad o la verdad. Hay tantas virtudes epistémicas como virtudes morales y políticas; confundir la ciencia con la objetividad resulta tan metonímico como confundir la moralidad exclusivamente con la justicia o con la libertad. La objetividad designa sólo un modo determinado de practicar la ciencia.

Por otra parte, la virtud de la objetividad no es transhistórica ni se aloja en un mundo de esencias platónicas. Surge en el interior de un peculiar *ethos* científico, en unas circunstancias históricas precisas. La distinción entre subjetivo y objetivo, matriz conceptual que nos permite hablar de la

«objetividad» de un conocimiento se conforma a partir de la recepción europea y norteamericana de la gnoseología kantiana, rompiendo con el viejo significado, de herencia escolástica, que oponía la realidad «formal» (externa) a la realidad «objetiva» (interna) de las ideas.

Pero no se trata sólo de una cuestión semántica; el intento de elaborar una ciencia que ponga entre paréntesis la subjetividad del estudioso forma parte de todo un régimen epistémico; una serie de prácticas de investigación, una manera de mirar y una determinada modalidad de «yo» científico. La reconstrucción histórica de este régimen o *ethos* epistémico constituye la meta principal del trabajo emprendido. Este pone de relieve la condición contingente y eventual de la «objetividad», las condiciones en las que esta virtud funciona; no se trata, como reiteran los autores, de invalidar semejante valor en nombre de ningún relativismo o anarquismo epistemológico, sino de situar con precisión sus límites y sus conflictos con otras virtudes cognitivas.

Por otra parte, esta historia de la objetividad se recompone, no tanto a partir de las teorizaciones epistemológicas de la misma —aunque estas no dejan de ser atendidas— como apoyándose en el análisis de la propia práctica científica. Por eso, el *corpus* central del estudio lo constituyen los atlas; estos definen la materia factual que constituye la base de las distintas disciplinas científicas, trátase de Historia Natural, Anatomía, Astronomía, Microfísica, Bioquímica, Geología o Nanotecnología. En la colección de imágenes que constituyen un atlas se perfilan las maneras de ver que rigen en la disciplina y se inscriben las virtudes epistémicas que permiten reconocerla en una coyuntura histórica determinada.

Junto a un extensísimo repertorio de atlas, que conforman la principal fuente del trabajo, se afronta el análisis de una amplia sección de obras científicas, muy bien escogidas, donde eminentes investigadores —desde Linneo y Bonnet hasta Einstein y Max Planck, pasando por Cajal, Faraday, Helmholtz o Claude Bernard— de las más dispares disciplinas evidencian su propio *ethos* epistémico. No falta tampoco el examen, al menos en parte, de las reflexiones sugeridas por los filósofos, de Locke a Rorty pasando por Kant, Poincaré, Frege, Carnap o Wittgenstein. El conjunto de fuentes primarias analizadas constituye, por su amplitud, riqueza y cuidada selección, un imponente respaldo de las hipótesis planteadas. A esta base hay que unir el exhaustivo y preciso conocimiento de una literatura secundaria que, debido a la diversidad de registros en los que se mueve el trabajo —desde la historia de las técnicas hasta la historia del arte— resulta a primera vista inabarcable.

En total y tomando como punto de partida la Ilustración temprana (hacia 1700), el libro recorta tres vastas escenas históricas, sugiriendo una cuarta, apenas emergente bajo el suelo mismo de nuestro tiempo. Cada una de ellas se corresponde con un régimen ético-epistémico distinto, aunque la tercera se bifurca a su vez en dos regímenes diferenciados. Estas configuraciones no se suceden sustituyéndose unas a otras, como si se tratara de los reyes en una Monarquía. En esto tienen poco que ver con los «paradigmas» kuhnianos o con las «epistemes» foucaultianas. La configuración epistémica recién llegada no reemplaza a la precedente (ni aun a las más antiguas), sino que coexiste con ella, aunque la más antigua, al entrar en conflicto con la nueva, entra en una dinámica que no coincide con la que tenía antes de verse afectada por esta competencia. Por otra parte los cambios de una configuración a otra, resultado siempre de alteraciones colectivas y convergentes en campos científicos muy diversos, no consisten en mutaciones bruscas —al modo de las «rupturas epistemológicas»— pero tampoco se identifican con transiciones evolutivas. Para ilustrar su concepción del cambio, los autores se refieren metafóricamente al ejemplo de las avalanchas de piedra o de nieve; al comienzo se trata de movimientos esporádicos que poco a poco se van acumulando hasta propiciar una multitud de trastocamientos en cadena.

La primera escena, abordada en el segundo capítulo, coincide con el régimen de la «verdad en la Naturaleza» («truth-to-nature»). En esta época, cuyo tiempo fuerte se sitúa entre 1700 y 1820, los repertorios de datos científicos —mapas anatómicos, de botánica, entomología o astronomía— muestran el ejercicio de una mirada científica cuya desconfianza se dirige, no hacia la «subjetividad» del estudioso, sino hacia la extrema variedad de fenómenos que compone el cuadro de la

Naturaleza. En la observación se trata siempre de obtener la «imagen razonada», la que representa, no a la flor o al insecto individuales con su abigarrada particularidad, sino a la esencia o tipo característico. Esto obliga a memorizar, comparar y sintetizar series de fenómenos muy largas y de factura muy variopinta; por eso el científico se identifica con un sabio capaz de intuir las formas constantes en medio de la multiplicidad fenoménica.

La segunda etapa, que despega tímidamente hacia mediados del siglo XIX para afirmarse con fuerza en las últimas décadas de la centuria, es la que ve nacer la virtud epistémica de la objetividad. Este es el asunto del tercer capítulo («Mechanical Objectivity»). El miedo y la prevención no se dirigen ahora hacia la variedad de los fenómenos sino —y aquí opera la recepción del distingo kantiano entre objeto y sujeto— hacia las preferencias, afectos y emociones que conforman la subjetividad del investigador. Éste ya no es un sabio que contempla —al modo del pasivo y especular sujeto cognoscente propio del racionalismo y el empirismo— sino una voluntad (al modo del sujeto postkantiano) que tiende a proyectarse activamente sobre el mundo. Pues bien, la tarea del científico consiste en utilizar ascéticamente esa voluntad de hierro contra los propios impulsos proyectivos de la voluntad; el sujeto investigador, asimilado ahora a un paciente y esforzado trabajador, debe autoaniquilarse para dejar hablar a la Naturaleza por sí misma. Este ideal de objetividad se plasma en las imágenes recogidas por los atlas; la variedad fenoménica ya no es un obstáculo, sino aquello que muestra la Naturaleza cuando se respeta su propia voz. Por eso las mejores imágenes son las que no reciben la impronta de la subjetividad humana, las generadas automáticamente, sin participación del estudioso. Con frecuencia las imágenes fotográficas serán entendidas de este modo. Es el momento de la «objetividad mecánica», que entra en colisión con la «verdad de naturaleza» procedente del *ethos* científico dieciochesco y que se resiste a desaparecer. La célebre polémica entre Golgi y Cajal a propósito de la representación del tejido nervioso expresa esta pugna entre un antiguo ideal tipológico del italiano y el efervescente ideal de la objetividad mecánica defendido encarnizadamente por el español.

El arranque de la tercera etapa se localiza en torno a 1900. Antes de proceder a su análisis, en los capítulos quinto («Structural Objectivity») y sexto («Trainee Judgement»), los autores consagran un apartado (capítulo IV: «The Scientific Self») a mostrar que todo régimen epistémico implica, no sólo una determinada codificación, sino un determinado tipo de «yo» científico, esto es, un conjunto de «tecnologías del yo» —aquí se advierte la referencia ejemplar a los trabajos de Pierre Hadot y Michel Foucault—, de prácticas a un tiempo científicas y conformadoras de una identidad ética; las cauciones relativas al modo de confeccionar las imágenes de los atlas se convierten así en verdaderos ejercicios espirituales. Las facultades intuitivas del sabio dieciochesco, capacitado para contemplar lo universal en la particularidad del caso, poco tienen que ver en esto con la radical autorrenuncia del científico «objetivo», empeñado en borrarse a sí mismo para dejar que resplandezca el fenómeno en su singularidad natural.

La crisis de la «objetividad mecánica» va a dar lugar a dos alternativas rivales que terminan de cuajar hacia 1930. La primera, auspiciada sobre todo por filósofos, pero no por ello menos presente en el género de los atlas, es la que se designa como «objetividad estructural». Autores como Helmholtz o Poincaré habían enfatizado la condición puramente «subjetiva» de la información sensorial, algo confirmado por las primeras indagaciones de la psicología experimental, en el laboratorio de Wundt. La objetividad, es decir, el conocimiento que trasciende el marco de las preferencias individuales, no podía localizarse en el ámbito de la observación sensible. La universalidad, y por tanto la objetividad, se emplazaban del lado de las estructuras, esto es, de las formas lógicas y matemáticas. Se impone entonces una tendencia iconoclasta desde Frege, el *Tractatus* y los autores del Círculo de Viena, que busca sustituir las imágenes visuales de los atlas científicos por diagramas puramente formales que constituyen ahora la garantía de la objetividad.

Pero junto a esta opción de la objetividad estructural, tan extendida en el mundo filosófico del neopositivismo, coexiste otra, protagonizada principalmente por científicos de oficio. En este caso lo que se rechaza es la ilusión de la objetividad. La supresión de la subjetividad no sólo es imposi-

ble, sino que olvida que los hechos sólo pueden valer como datos científicos cuando saben ser interpretados por un investigador adiestrado para ello. Éste está entrenado para seleccionar lo pertinente en las imágenes con las que trabaja, trátase de la trayectoria de un electrón registrada en un espectrómetro de masa o de una radiografía del cráneo. Por consiguiente, las imágenes recogidas en los atlas no deben ofrecerse como copias de una Naturaleza que habla *ea ipsa* —siempre confusas porque incluyen las infinitas variantes del caso individual— sino como representaciones útiles para la formación de los científicos, imágenes interpretadas donde la objetividad queda sacrificada a la exactitud, resaltando lo pertinente en detrimento de la variabilidad particular. Se trata del régimen del «juicio adiestrado»; en él no se trata de neutralizar la subjetividad del investigador —ésta ya no se afronta como una voluntad omnipotente sino como un inconsciente que se proyecta inevitablemente en lo que ve— sino de formarla inculcándole las disposiciones necesarias para que sepa leer adecuadamente los fenómenos y reconocer los patrones a los que éstos obedecen. La «imagen mecánica» aparece desde entonces disputada —aunque no sustituida— por la «imagen interpretada». Esta opción, que prevalece hasta finales del siglo XX, coexiste con las anteriores y da lugar a un tipo de atlas —compilando rastros de partículas subatómicas, electroencefalogramas o galaxias— cuyo acceso exige por parte del lector el adiestramiento profesional —irreductible a un conjunto de reglas formulable en un algoritmo— para descifrar las figuras mostradas.

El capítulo que cierra el libro («Representation to Presentation») no se limita a recapitular las conclusiones derivadas del recorrido histórico realizado. Apoyándose en una cata de los atlas y repertorios de imágenes digitalizadas más recientes —y en muchos casos accesibles en la *World Wide Web*— los autores aventuran una hipótesis referida a un nuevo régimen epistémico emergente en los primeros años del siglo XXI. Aquí se distinguen dos series de imágenes que apuntan a un nuevo tipo de práctica científica, tan distante de la «objetividad mecánica» como del «juicio adiestrado». Por una parte se trata de las imágenes virtuales compiladas en repertorios digitalizados, como el Visible Human Project. La imagen ya no es aquí, como en los regímenes anteriores, una representación que remite a una cosa representada —trátase de una mimesis de la esencia constante allende la variedad fenoménica, de una copia de la realidad objetiva o de una figura estilizada con fines didáctico-formativos—. Se trata de un útil que el investigador puede cortar y pegar, alterar y rediseñar con intención pragmática. La imagen deja de ser una «re-presentación» de la cosa para convertirse en la «presentación» de una entidad nueva e inédita, una construcción. Esta tendencia se acentúa extremadamente con la nanomanipulación. Las nanotecnologías permiten operaciones de alteración y fabricación de objetos a escala molecular, trátase de bacterias, cadenas de ADN o estructuras microelectrónicas. Esta innovación rompe decididamente la frontera entre contemplar y diseñar; ver y construir. Cambia también el estatuto del yo científico. Éste ya no se limita a investigar el mundo fenoménico, al mismo tiempo diseña mundos, funciona a la vez como ingeniero y como empresario dedicado al *merchandising* de sus productos. Por último, este paso de la contemplación o interpretación al diseño quiebra los límites que separan al científico del artista. Las nuevas imágenes virtuales o *hápicas* —este término lo reservan los autores para referirse principalmente a las figuras engendradas por la nanotecnología— mostradas en las galerías digitalizadas se ofrecen al mismo tiempo como obras de arte y como instrumentos de exploración científica.

Finaliza así una obra destinada a imprimir efectos duraderos en los estudios de historia de la ciencia, pero también en otros territorios que abarcan a la epistemología o a los estudios culturales. Un texto de elegante escritura, bellamente ornado con un vasto despliegue de imágenes reproducidas y comentadas; muy atinado a la hora de seleccionar autores y debates —como el citado entre Cajal y Golgi, el entablado entre Wilhelm His y Erns Haeckel o el que enfrentó a Frege con los psicólogos experimentales—. Estas pugnas ilustran la contienda, no ya entre el vicio y la virtud del científico sino entre las distintas formas que esta última ha adoptado en el curso de la modernidad.

Francisco VÁZQUEZ GARCÍA

GUTIÉRREZ RODILLA, Bertha, *La esforzada reelaboración del saber. Repertorios médicos de interés lexicográfico anteriores a la imprenta*, San Millán de la Cogolla, Cilengua (Instituto Historia de la Lengua—Monografías, 2), 2007, 394 pp. [ISBN: 9-788493-534080]



La monografía objeto de esta reseña constituye un logrado estudio panorámico sobre las herramientas intelectuales de interés lexicográfico disponibles en el ámbito de la tradición médica occidental, desde la Antigüedad clásica greco-latina hasta finales del siglo XV, pasando por el mundo árabe, y con especial atención al caso medieval hispánico. Su autora, Bertha Gutiérrez Rodilla, ha publicado ya varias monografías sobre la historia y teoría de la lexicografía médica y científica, entre ellas una dedicada a la constitución de la lexicografía médica moderna en la España de los siglos XVIII y XIX (A Coruña, Toxosoutos, 1999) y promete proseguir en su empeño de historiar este área con un estudio específicamente consagrado al periodo entre el inicio de la tradición impresa a finales del siglo XV —término *ad quem* del presente estudio— y 1700.

El trabajo está redactado con el rigor, la claridad y la elegancia expositivos a que su autora nos tiene acostumbrados. Su acercamiento es exigente en términos teóricos e historiográficos; y resulta constante su preocupación por la contextualización histórico-médica de los materiales lexicográficos analizados. Gutiérrez Rodilla define los diferentes géneros y subgéneros de textos, que contempla desde una perspectiva diacrónica, atendiendo e ilustrando los cambios y transiciones hacia otros géneros y hacia otras lenguas (particularmente en el marco de los procesos de vernacularización), así como los sistemas de ordenación seguidos en la organización interna de la información. Muy de apreciar resulta también su énfasis en las relaciones originarias de la actividad intelectual que está detrás de estos materiales, con la religión y las exigencias pastorales; su crítica a la persistente idea sobre un supuesto aislamiento cultural del occidente altomedieval latino; y su sugerente revisión de la atribución —lamentablemente muy común aún en la historiografía— al humanismo y la primera imprenta, de herramientas lexicográficas tales como las tablas de materias, cuyos orígenes en literatura médica latina retrotrae hasta el siglo IX, por más que su confección sólo se generalizara a partir de mediados del XII.

La autora no ha descuidado ningún detalle (incluidos diversos cuadros-resumen que aparecen intercalados en distintos capítulos) y la factura editorial del libro resulta impecable, con dos pequeños «peros» de los que dejaré constancia. Por una parte, que casi todos nombres de los autores medievales citados en la obra aparezcan traducidos de forma sistemática al castellano (Mateo Silvano por Mattheus Silvaticus, Juan Mirfield por John Mirfield, Juan Mondino de Cividale de Friuli por Giovanni Mondino da Cividale del Friuli, Juan de San Amando por Jean de Saint-Amand, Pedro de Santo Floro por Pierre de Saint-Flour o Pierre Gas, Egidio de Corbeil por Gilles de Corbeil, Arnaldo de Vilanova por Arnau de Vilanova, Pedro Marancio por Pietro Maranchio o Petrus Maranchius, y Pedro de Abano por Pietro d'Abano, entre otros); un criterio que, salvo para el caso de personajes universales (Aristóteles, Avicena, Alberto Magno, Tomás de Aquino, etc.) no comparto porque puede inducir a confusión y no contribuye a la deseable universalización de los nombres propios. Por otra parte, las referencias a los trabajos de un mismo autor que se recogen en la bibliografía general, no están ordenadas cronológicamente, como pienso hubiera sido preferible.

La esforzada reelaboración del saber. Repertorios médicos de interés lexicográfico anteriores a la imprenta se divide en tres grandes bloques temáticos: un primero de carácter introductorio (caps. 1 y 2, pp. 17-73); el segundo, dedicado al mundo de los repertorios y otros instrumentos lexicográficos de utilidad en el campo de la medicina medieval (caps. 3-6, pp. 75-190); y el último (cap. 7-11, pp. 191-304), centrado en la resonancia y desarrollo de estas herramientas en los reinos hispánicos, sobre todo durante la baja Edad Media. El libro de Gutiérrez Rodilla viene precedido de una breve introducción y concluye con un breve pero expresivo epílogo, al que siguen un «pequeño vocabulario de términos» relacionados con los géneros y subgéneros literarios contemplados en ella, una exhaustiva bibliografía general, la inexcusable relación de abreviaturas de archivos y bibliotecas consultados, y un valioso «Índice de obras, autores, traductores y copistas citados».

En el primer bloque temático de su nueva monografía, la autora esboza una visión general sobre la lexicografía medieval (cap. 1) y sobre las herramientas lexicográficas en el ámbito de la medicina antigua (cap. 2). En el primer caso, presenta los nuevos instrumentos, estrechamente relacionados con la enseñanza, que transformaron el trabajo intelectual a partir del siglo XII (glosarios de diversos tipos y vocabularios o diccionarios) y expone las principales técnicas lexicográficas difundidas de forma gradual desde la erudición bíblica a las distintas «artes» constituyentes de la formación de las elites medievales: páginas glosadas, distinciones, concordancias, índices alfabéticos, tablas de materias y enciclopedias «científicas». Más específicamente, en el segundo capítulo presta especial atención al tratado sobre la materia médica de Dioscórides, por ser el más influyente compendio del saber de la Antigüedad clásica sobre los simples medicinales y sus aplicaciones, y la principal fuente de la lexicografía médica medieval, tanto árabe como latina. Un hecho éste último difícilmente sorprendente, si se tiene en cuenta la compleja transmisión de la medicina antigua al mundo medieval y la esencial importancia de identificar adecuadamente los simples utilizados en el tratamiento de las distintas afecciones en medio de un amplio marco espacio-temporal y de una multiplicidad de lenguas en juego (griego, siríaco, árabe, latín, hebreo y lenguas romances, entre otras).

En el segundo bloque temático, Gutiérrez Rodilla dedica sus principales esfuerzos a la difícil tarea de clasificar un número de obras grande y dispar, agrupándolos en tres grandes conjuntos de repertorios, en atención a las motivaciones de sus autores y a los diferentes públicos destinatarios de los mismos: 1) los que reflejan una preocupación explícita por la lengua; 2) los ligados a la adquisición de conocimiento; y 3) los relacionados con la actividad sanadora. La autora presta atención específica a los tres principales escenarios históricos y lingüísticos (bizantino, islámico y cristiano latino) donde estos instrumentos médico-lexicográficos circularon y se desarrollaron. Ahora bien, mientras la atención a la tradición bizantina es más limitada y escolar, la brindada al mundo árabe resulta muy apreciable y útil para clarificar un buen puñado de géneros textuales de la medicina árabe cuyas denominaciones originales perduraron en las versiones latinas, incluso impresas, circulantes en Europa cuando menos hasta bien entrado el siglo XVI.

Al estudio específico de la presencia y desarrollo en la Europa medieval latina de cada uno de los tres grandes grupos de repertorios arriba señalados dedica, sucesivamente, los tres últimos capítulos de este segundo bloque. Entre los pertenecientes al primer grupo de repertorios (los centrados en las palabras), se ilustran primero los glosarios médicos y dos de sus derivaciones, los *hermeneumata* (desde el siglo VII) y los *synonyma* (desde el siglo XII), para después analizar más detenidamente, como exponente de transición entre *glossaria* y diccionarios, la *Clavis sanationis* del genovés Simone de Cordo (*Simon Januensis*) y el desarrollo académico posterior de los *synonyma* en el transcurso del siglo XIV. El segundo grupo, los repertorios ligados a la adquisición de conocimiento y centrados por lo tanto en los conceptos, incluye una serie de herramientas bien expresivas de la creciente complejidad que fue cobrando de forma gradual la actividad intelectual en el ámbito médico, como en tantos otros de la cultura bajomedieval latina. Bertha Gutiérrez Rodilla presta, de nuevo, atención específica a la fase de transición entre *glossaria* y diccionarios, ahora en el ámbito de los conceptos médicos, y a las enciclopedias «científicas» al servicio de la

predicación de las órdenes mendicantes; así como a una serie de nuevas herramientas de trabajo destinadas a facilitar el acceso de los estudiosos a una literatura médica cada vez más abundante y compleja, entre las que se destacan las concordancias, los resúmenes, los florilegios, e instrumentos complementarios tales como los índices y tablas de distintos tipos. Por último, caracteriza y estudia con bastante detenimiento los distintos géneros de repertorios relacionados con la actividad sanadora en la Europa medieval latina: simplarios, antidotarios, recetarios e instrumentos complementarios tales como las tablas de grados medicinales, los pesos y medidas y los inventarios de sucedáneos de simples (*antebalumina*).

El bloque tercero y último representa un valioso estudio de caso sobre los repertorios de los tres grandes grupos arriba citados que circularon o se elaboraron en los reinos medievales hispanos, sobre todo a partir de inventarios *post mortem*, testamentos y legados, así como de catálogos de bibliotecas de la época y actuales. En la senda de los trabajos clásicos de Guy Beaujouan y de la monografía póstuma y testamento intelectual de Luis García Ballester sobre la medicina en la Corona de Castilla durante la Edad Media, Gutiérrez Rodilla no deja aquí desatendidos ni el flanco de la producción médica árabe ligada a la actividad sanadora en al-Andalus, ni el de los materiales de interés lexicográfico derivados de la enseñanza y la práctica de la medicina en el seno de las comunidades judías ibéricas. Y, no podía ser de otro modo, dedica atención específica también al eco que los procesos de vernacularización tuvieron en la creación y difusión de repertorios relacionados con la actividad sanadora en distintas lenguas vulgares (castellano, catalán y aragonés, principalmente).

En suma, *La esforzada reelaboración del saber. Repertorios médicos de interés lexicográfico anteriores a la imprenta* es una sugerente monografía para cualquiera que sienta curiosidad intelectual por el mundo de la lexicografía histórica en el campo de la medicina; y una herramienta de trabajo de gran utilidad para los investigadores de la medicina, la ciencia y la cultura en la Edad Media; un periodo de, como Bertha Gutiérrez Rodilla se ocupa de subrayar en su epílogo, gran dinamismo intelectual, frente al lamentablemente persistente estereotipo de etapa estática y oscura de la humanidad.

Jon ARRIZABALAGA